

# DESDE ARRIBA ES OTRA HISTORIA

De Mempo Giardinelli basado en la muerte de Elías Blugerman

A Kike y Silvia Blugerman

Había que verlo al tío Clorindo montado en ese pingo; daba gusto con sus setenta años y sus innumerables arrugas, esos ojillos encendidos, el sombrero aludo echado hacia atrás de modo que el sol del crepúsculo, todavía, y casualmente, le daba en la cara, y con el frondoso bigote que se estiraba hacia las orejas a todo lo largo de su sonrisa, mientras aseguraba con un entusiasmo desusado algo así como pero ché, desde acá arriba es otra historia.

Ramírez, el capataz, le había advertido que tuviera cuidado con el alazán. El Impropio era un animal arisco, pateador, traicionero y duro de boca. Pero entre sus virtudes se contaba la que más podía fascinar al tío Clorindo: la velocidad, propia de los más nobles campeones correntinos. De inmejorable pédigre y con tres años recién cumplidos, el animal había debutado dos semanas antes en el San Martín, igualando el récord de la milla en pista pesada. “Fuerte y machazo” había sentenciado el tío Clorindo aquel día, después del paseo triunfal frente a las tribunas y mientras recontaba sus boletos, regodeándose como si el caballo hubiera sido de su propiedad.

—Sólo falta que lo monte un ratito —había comentado el doctor Alsina Mendoza, un ex senador nacional por el autonomismo, dueño del animal.

—Le tomo la palabra, amigazo —respondió el tío Clorindo, repentinamente solemne, emocionado por el gesto.

Después, durante días, comentó a todo el mundo que, aunque por espacio de unos breves minutos, sería jinete del caballo más famoso de Corrientes, el más promisorio, el que —según los cronistas del diario El Litoral— representaría a la mejor generación de purasangres correntinos en Palermo y en San Isidro.

Y el día tan ansiado en que llegó al haras de los Alsina Mendoza — un martes de febrero, presagioso y húmedo— desdeñó, por supuesto, todas las recomendaciones y advertencias acerca de las mañas del animal. Para él, testarudo, petulante y confiado como todo hombre que ha vivido casi tres cuartos de siglo sin dejar ni de fumar ni de beber, y sin siquiera haber sufrido —como decía— “ni una imberbe y atrevida gripecita”, no valieron argumentos ni prevenciones. Nosotros sabíamos que hubiera sido incapaz

de desechar esa oportunidad: montar a semejante animal, a pesar de sus años, era un placer reservado para conocedores; como saborear un pato picazo cazado en un estero una tarde de domingo y cocinado al vino blanco esa misma noche.

Para el tío Clorindo, trepar por el costado de El Impropio, sin ayuda, acariciando su pelaje, tensando sus músculos y realizando ese esfuerzo acaso desmedido para su edad, para luego enhorquetarse sobre el espino del animal, sonriente, feliz como una novia feliz, y desde allí contemplar el mundo, casi dos metros más abajo, era una oportunidad que por nada desperdiciaría. Cómo se iba a perder la oportunidad de ufanarse desde lo alto, inconsciente, si él era una de las más gloriosas tradiciones de la hípica del nordeste argentino, si su nombre siempre estaba asociado a los grandes premios, a las entregas de copas; y su asesoramiento resultaba indispensable para la adquisición de productos en las inolvidables jornadas del tattersall local, o para la elección del jockey adecuado para las condiciones de cada animal, cada domingo. Cómo se iba a perder semejante chance, si él era el más idóneo caballero de la región, y todavía se lo recordaba por su eficiencia y honestidad al frente del equipo de veedores cuando todavía no existía el moderno sistema de fotochart, siempre tan laborioso el tío Clorindo, ingeniándose para carecer de profesión conocida, por lo cual sus amigos lo llamaban León de Circo, porque aseguraban que había que pegarle para que trabajara.

Por eso fue que montó al alazán, en pelo nomás, luego de saltar un par de veces al costado, como lo hubiera hecho un joven peón de campo. Por eso nos miró desde arriba, sobrador, inocentemente pícaro, inconsciente del peligro que significaba ese peso desconocido para El Impropio, ese manojo de nervios y músculos que al cabo de unos segundos comenzó a encabritarse, a efectuar cabriolas y a lanzar patadas mientras todos gritaban cuidado, cuidado, don Clorindo, y los más jóvenes, alertados, intentábamos sofocar la ira del caballo, pretendiendo atrapar las riendas cuyo control había perdido el viejo, quien, sin embargo, no se inmutaba (o no se daba cuenta, esa especie de la ignorancia) y parecía ajeno al hecho, como si El Impropio fuera a arrojar a otro jinete, y mantenía su sonrisa arrogante, irresponsable, porque para él lo único importante, lo verdaderamente trascendente de ese momento era que él mismo —y no otro— montaba al animal más famoso de Corrientes, al ganador del último clásico del Hipódromo General San Martín.

El Impropio no tardó más de dos segundos en lanzar al anciano por

el aire, despegándolo de su lomo como a una mosca fastidiosa, tiempo que no fue suficiente para que todos gritáramos nuestra angustia, nuestro irreprimible miedo a las consecuencias, por la frágil integridad del tío Clorindo, quien un momento antes había asegurado que desde arriba era otra historia, remedo criollo de Alejandro Magno, o de Atila, cuyo caballo desgraciaba los pastos de Europa.

Cayó sin estrépito a unos cinco metros de El Impropio, sin que sus huesos se atrevieran a protestar, sin un gemido y, asombrosamente, conservando su inveterada sonrisa dulce, el tierno mirar de sus ojillos encendidos, bajo un gomero que había a un costado del establo. Y ahí se quedó, enmarcado por decenas de florecillas de cinco pétalos amarillos, rosados y lilas, caídas al azar, tan débil como la carcajada de un tero, tan súbitamente viejo que parecía responder a la burla que le hacíamos los sobrinos diciendo que el tío estaba más arrugado que sobaco de tortuga.

Simplemente nos miró, sin atender al solícito que alcanzó a prevenir no lo toquen, no lo muevan, llámelen al doctor, y pareció perdonarnos nuestras culpas para enseguida buscar, desesperadamente, a El Impropio, al que contempló sin rencor, agradecido, yo diría que con cariño, mientras el animal befaba agitadamente, sacudiendo sus labios de los que caía una baba blancuzca al mismo tiempo que pateaba el piso de cemento y a mí me pareció que hasta producía chispas. El Impropio también lo miró, desafiante, altanero, como orgulloso de su sangre. El tío Clorindo, después de unos segundos, le dijo algo, un balbuceo inentendible, acaso un idioma misterioso que sólo comprendía el caballo. Y luego nos miró, con los ojos humedecidos y esa inconveniente, absurda e inolvidable sonrisa, y nos dijo ya ven, muero en mi ley, un instante antes de cerrar los ojos y estirarse, rígido, en el momento de la muerte.

Nos quedamos de pie, incrédulos, y lo contemplamos sin comprender, acaso confundidos por la arrolladora velocidad de los sucesos (ese estilo de la tragedia), hasta que escuchamos que Ramírez, el capataz, decía sí doctor y se acercaba a El Impropio para descerrajarle, de pie nomás, un balazo en el corazón mientras musitaba vos también carajo y alguien, detrás de nosotros, comenzaba a ordenar, con voz fría, profesional, los dos entierros para ese mismo, presagioso, húmedo martes de febrero.